

El libro del trimestre

José María Vinuesa

La tolerancia. Contribución crítica a su definición

Ediciones del Laberinto, S. L. Madrid, 2000. 320 págs.

Carlos Díaz

Miembro del Instituto E. Mounier

Un fantasma recorre España: el fantasma de la guerra civil, cuya muy alargada sombra se proyecta aún sobre los españoles del siglo XXI, siendo su resultado el pánico a la confrontación, pánico que por reacción y antífrasis se convierte en énfasis dialógico hasta el hartazgo y en vendaval o festival de tolerancia, que hoy arrasa convertida en eslogan para consumo de todos los escolares de cualquier nivel y de los televidentes de toda hora. Entre los nuevos dogmas civiles, o neoaxiomas de la laicidad, la tolerancia ocupa el lugar de clave de bóveda. A falta de ideas, buenos son ideologemas; a escasez de cultura, magmática hipertrofia de cultemas.

Junto a la siempre saludable debilitación de las fobias, el segundo factor que ha encumbrado al tolerantismo a su actual cenitalidad y ecumenicidad es la decadencia de las convicciones fuertes, el nihilismo difuso o relativismo vulgar, del que sólo queda al margen Su Majestad el Euro, la eterna Mammona. Todo se ha vuelto dialogable, menos la renta per cápita, o ingesta per capita, a juzgar por la fuerza de trabajo que almacenamos en nuestros repletos frigoríficos con calorías procedentes del Tercer Mundo. Lo cierto es que todos nos hemos vuelto un poco o un mucho dialogantes, más «civilizados» aunque no por plétora, no por ensanchamiento de nuestra capacidad de escucha y de acogida, sino por apostasía y abandono de las convicciones anteriores, marxistas, anarquistas, socialistas, o cristianas: somos mucho más tolerantes con la pers-

pectiva ajena porque ya no tenemos perspectiva propia, exceptuando la perspectiva del dinero. De esta manera, lejos de crecer de forma dialéctica e integradora mediante síntesis perfectivas, hemos preferido desplazar el horizonte de nuestras preferencias, antes favorables a la exclusión recíproca de los extremos (tomada la diferencia como forma de deficiencia), ahora proclives a la confusión en los espacios de centro, esa oscuridad hegeliana donde todas las vacas son pardas (o pardas y locas, locamente neoliberales).

De todos modos una razón dialógico-tolerante tal no puede ser el final de sí misma, ni mucho menos fin en sí misma: ¿no terminará hastiando a los pobres algún día tanta razón dialógica de los ricos, en la medida en que las eternas mesas redondas, simposios, encuentros rondas de negociaciones y nuevas bibliografías académicas sobre más de lo mismo son como la razón-Versalles, que cuanto más danza menos avanza? ¿habrá que afirmar que los ricos ya hemos llegado al fin de la historia porque dialogamos luego somos, y que los pobres han quedado para siempre excluidos en los márgenes de la prehistoria, motivo por el cual la historia de la humanidad — de hecho, ella misma historia de la lucha de clases — ha terminado definitivamente? Cuando se habla de paciencia, diálogo, tolerancia, imperturbabilidad, etc, hay que saber si estamos hablando en genitivo subjetivo o en genitivo objetivo: ¿tolerar al Imperio, o que el Imperio nos tolere? ¿tolerar las hambrunas de tres cuartas partes de la humanidad, o que ellas nos toleren?



¿perdonar la deuda nosotros a ellos, o ellos a nosotros?

El tercer y último motivo que ahora deseo subrayar respecto de la-ola-de-tolerancia-que-nos-invade se debe a lo de siempre, a la pereza, a la falta de valentía, a la servidumbre voluntaria, al miedo a la libertad que sólo se conjura entregándose a la dulce y rebañiega gregariedad. Hoy la nueva Eutopía tiene un nombre, Tolerantópolis, y sus ciudadanos tolerantopolitanos. Una ironía inevitable nos lleva al dardo de Tomás

Moro, en cuya ciudad ideal los ciudadanos son *alaopolitas* (carentes de ciudad) o *acorianos* (*ajóros*: sin territorio) y, por si fuera poco, *polyleritas* (*polys-léros*: de mucha simpleza); su río es *Anhidros* (*an-hydros*: sin agua); su polemenco *Hythlodæo* (*hyzlos-daíos*; experto en parloteo, parlero o sacamuelas), y así sucesivamente. Antes y después de Tomás Moro, que jugó con el fuego del poder hasta quemarse, antes y después de G. Orwell o de L. Carroll, los intelectuales — con honrosas excepciones como la del propio

Tomás Moro— se han refugiado en las palabras para convertirse en áulicos y palatinos, y de este modo servir al Imperio/servirse del Imperio.

Un el caso presente, el de la «tolerancia», tampoco ha faltado el efecto d'orsiano del «oscurezcámoslo un poco», de ahí ese hegeliano gaturperio de mucho cuidado, esa jerga embolismática tan abstrusa e impenetrable que se presta a ser interpretada como un idioma misterioso, portador de un mensaje excitante y trascendental, esotérico, a nada que el lector contribuya a él un poco con la fantasía. Ese proceso alquímico transforma a un término claro en algo ininteligible y turbio, que sin embargo se transforma en las manos de cualquier fervoroso entusiasta (pongamos por caso en el presidente del «Movimiento contra la Intolerancia») en un producto hermético, grávido de mensajes capitales y luminosos, como ha escrito Emilio García Estébanez para otra ocasión. No es que el intelectual servil padezca algún tipo de quebranto mental o disnoesia que no le deje articular lógicamente el discurso, es que para servir al Imperio ha de pensar de una forma tan abstrusa y revuelta que termina siendo obra de romanos abrirse paso hasta los conceptos a través del lenguaje que los formula. Otra cosa no pueden: son la mordaza epistemológica de lo políticamente correcto, los servidores de los dogmas laicos a cargo de los fondos del Estado.

Cuando esa forma de ser o de parecer omnitolerante por oficio o por beneficio se convierte en una meta social por la vía del consenso, ha llegado el momento de huir de esa polis, o disponerse a padecer martirio; por cierto, normalmente la sociedad «tolerante» condena a la cicuta al con ella intolerante, mientras acusa al otro por resistirse a tomarla. Mucho tendría que decirse, en todo caso, de la relación entre (in)tolerancia y resentimiento.

Ninguno de estos tres deleznable estereotipos encontramos, gracias a Dios, en la obra de José María Vinuesa *La tolerancia. Contribución crítica para su definición*, originariamente tesis doctoral laureada con la máxima calificación en la Universidad Complutense de Madrid, convertida hoy en libro rigurosamente pensado, lleno de distinciones, de matices y de cadencias, de propuestas y de espíritu constructivo, amén de

pulcramente escrito y didácticamente expresado. Por amor a la verdad este libro —ya imprescindible, serio, analítico, a mil leguas de cualquier concesión al tópico— dice, a riesgo de no ser entendido por los más, que no sólo no todo debe ser tolerado por igual, sino que ni siquiera todo debe ser tolerado; que no sólo no todo es igualmente respetable, sino que ni siquiera todo debe ser tenido por respetable; que no es la intolerancia lo único intolerable, como tampoco lo único tolerable la tolerancia; que cuando se dice que todo es simple opinión, igualmente respetable, se hace mejor servicio a la cultura de la vaciedad, que a la de la tolerancia; y que es demagogia pura y dura garantizar el respeto a una persona al tiempo que la ridiculizamos calificándola como ingenua, ridícula, etc.

En este libro que me honro en reseñar, *La tolerancia. Contribución crítica para su definición*, su autor —uno de mis más viejos e intelectualmente admirados amigos— demuestra con gran riqueza argumental que, por respeto a los valores mismos, hemos de ser intolerantes con los disvalores; que, como actitud, la tolerancia es antecedente (buena voluntad), pero como juicio es consecuente (algo no debe ser tolerado si se reputa malo); que la tolerancia es un juicio a posteriori, y no a priori, un principio o máxima (que no imperativo) de carácter formal, cuya especificación depende del contenido, de lo que se nos proponga tolerar en concreto; que, en consecuencia, la tolerancia no implica cancelación definitiva de los criterios o valores; que el malo tiene el derecho a ser juzgado (no odiado), pues justicia no es ajustamiento, de ahí la grandeza o la pequeñez moral del juez; que las personas efectivamente respetables lo son en razón de su ejemplaridad; que respetar, mirar con benevolencia, tiene mucho que ver con tolerar: tener el miramiento de ver con diafanía, hasta hacerse el ciego por tolerancia constructiva, momento en que la luz y la sombra se hacen amistad platónica, encuentro dialógico donde el joven conoce las reglas y el viejo las excepciones. Y, al final, elegancia, es decir, capacidad de poner en juego la indimisible libertad.

Algunos libros deben ser serios como adultos para que todos puedan jugar como niños. Éste es, sin la menor duda, uno de ellos.